

cho tiempo por los Nuestros en cierta comunicación y frecuentación demasiada en confesiones, etc., con el monasterio de la Encarnación, lo cual es tanto, que aunque el señor Arzobispo de Granada me escribe deseando que [se] sustente, estoy resuelto á dejarlo de acá por manos de V. R. para que se haga con mayor comodidad; y así al señor Arzobispo escribo que lo remito á V. R. Deseo quitarle del todo esta nota y pérdida de tiempo, dejándole solamente licencia para que por todo este año que entra, las puede confesar una vez á todas, y esto dentro de quince días que lo comenzare, eximiéndose de estas confesiones, cuanto esto fuese posible, el P. Plaza, porque se ocupe en cosas más dignas de sus letras y gobierno. Y cuanto á los otros monasterios que se comenzaban á confesar, de todo punto se cierre la puerta; pero en la Encarnación no se quitan algunas pláticas comunes, *cum moderatione tamen magna*» (1).

9. En otro ministerio trabajaron bastante los Nuestros á los principios, aunque con el dolor de no conseguir el fruto que se pretendía. Nos referimos á la conversión é instrucción de los infelices moriscos. Desde Fr. Hernando de Talavera, elevado á la silla de Granada, cuando los Reyes Católicos conquistaron esta ciudad, todos los prelados celosos y muchas personas buenas de todas condiciones habían trabajado más ó menos en reducir á la verdadera fe y vida cristiana á los descendientes de los moros que quedaron diseminados por España. La Compañía, por su parte, quiso contribuir á esta santa obra, é hizo sus esfuerzos para sacar algo de aquella raza fanática y endurecida.

Los primeros pasos dados en este sentido por los Nuestros fueron las diligencias hechas en Gandía, por insinuación de San Francisco de Borja, para educar jóvenes moriscos. Ocurrió á varios la idea de que por este camino se podrían sacar de la misma raza envilecida predicadores y apóstoles que la convirtiesen y santificasen. Con este intento obtuvo el santo Duque de Paulo III que se aplicase un beneficio eclesiástico á la sustentación de seis jóvenes moriscos que hiciesen la carrera eclesiástica en el colegio de Gandía. San Ignacio, deseando extender esta generosidad, hizo que á los seis se añadiesen otros doce (2). Con esto se tenía un verdadero seminario de moriscos, que podría ser origen de inmenso bien espiritual para aquella nación. No correspondió el éxito á las santas intercesiones de Ignacio

(1) *Regest. Borgiae*, 1564-1566, f. 254.

(2) *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 90.

y de Borja. Los moriscos rehusaban entregar sus hijos para el estudio, y los pocos alumnos que se pudieron juntar salieron tan aviesos, rudos, desaplicados é inquietos, que por disposición de San Francisco de Borja se alzó la mano de esta empresa en 1551, tres años después de haberla comenzado (1).

Otro esfuerzo se tentó con los moriscos en 1556, aunque en distinta forma. Habiendo convidado la Inquisición con la indulgencia y perdón á muchos moriscos pervertidos á quienes debía castigar, juzgóse conveniente que algunos inquisidores recorrieran varios pueblos, llevando consigo un buen misionero, cuyo celo y actividad facilitase la reducción de los extraviados. Trabajó principalmente en este ministerio nuestro P. Santander, el cual, primero en compañía del inquisidor Cervantes, y después separado de él, consiguió fruto espiritual muy notable entre los moriscos de Aragón (2).

Más esfuerzos que en Valencia y Aragón se hicieron en Granada para convertir á los moriscos. Dos circunstancias animaron á los Nuestros á esta trabajosa empresa. La primera fué el celo apostólico de D. Pedro Guerrero, que no cesaba de buscar medios para reducir y santificar á aquella raza infeliz. Como los Nuestros debían tanto á este ilustre prelado, y procuraban servirle todo lo posible, aceptaron fácilmente sus generosas ideas y se ofrecieron á secundar sus piadosos planes. La segunda circunstancia fué el haber entrado en la Compañía un morisco que fué un hombre eminente. El P. Juan Albotodo, nacido de padres moriscos, había entrada en la Compañía, como vimos (3), á los treinta años de su edad. Ya desde novicio empezó á ejercitar su caridad con los moriscos, predicándoles en arábigo, ó como entonces se decía, en algarabía. Por Agosto de 1558 anunciaba el P. Fonseca al P. Laínez que el P. Albotodo era sumamente amado por los neófitos, y que por este medio se esperaba coger muchísimo fruto de aquella pobre gente (4).

Un año después, varios moriscos propusieron á D. Pedro Guerrero que algunos Padres de la Compañía pasasen á vivir en su barrio del Albaicín (5). La idea pareció buena, y los Nuestros, esperando recoger entre los moriscos otros sujetos tales como el P. Albotodo, se

(1) Gabriel Alvarez, *Hist. de la prov. de Aragón*, l. 2, cs. 39 y 40.

(2) *Epist. mixtae*, t. v, p. 612.

(3) *Vide supra*, l. I, c. 4.

(4) *Epist. Hisp.*, I, f. 492.

(5) *Ibid.*, f. 265. Sin firma, 30 de Junio de 1559. Después de esta carta vienen otras dos de Bustamante que hablan del mismo asunto.

animaron á establecer una especie de colegio ó escuela para educar á los niños de los moriscos. El Sr. Arzobispo entró de lleno en el pensamiento, y en este mismo año de 1559 dióse principio á una casa que en las cartas de los Nuestros suele llamarse, ya colegio, ya seminario del Albaicín. El P. Navarro, rector por entonces del colegio de Granada, nos ha dejado en una de sus cartas una descripción de lo que se hacía con los moriscos en aquella casa. Dice así:

«Queda ahora por decir lo del Albaicín, y para entenderlo de raíz, es de advertir que el invierno pasado y cuaresma iba los domingos un Padre á las plazas á coger la gente que estaba en ellas, que por su descuido no oía misa, y les hacía una plática y los llevaba á las iglesias á que oyesen misa, diciendo la doctrina por las calles. Á las tardes iban otros, los mismos días, á las mismas plazas, y traían á la gente que quería venir á la plática de la doctrina, diciendo también la doctrina por las calles. De esto decían algunos bien, otros lo contrario, diciendo que era cosa nueva, etc. En esto ordenó el Señor que viniese el P. Provincial [Bustamante], y Su Reverencia trató con el Sr. Arzobispo que se hiciese una casa donde moran los moriscos, que se llama el Albaicín, para enseñarles la doctrina cristiana y de leer y escribir.

»Á Su Señoría, con el deseo que el Señor le ha dado de aprovechar á las almas que le ha encomendado, parecíale bien, sino que le desanimaban muchos, diciendo que es cosa perdida tratar con los moriscos, trayéndole por ejemplo á algunos que han tratado con ellos y no les han aprovechado. Pero viendo Su Señoría la grande confianza del P. Provincial, mandó que se buscase casa. En el hallar de ella hubo gran dificultad, que dió algún indicio que se había de servir el Señor de ello. Cuanto más dificultad se ofrecía, tanto más le crecía al P. Provincial el deseo de poner toda la diligencia posible en haberla. Húbose la casa, y bien pequeña, para que con bajo principio subiese más la obra. Están en ella seis de ordinario, tres Padres y tres Hermanos.

»Empléanse en enseñar á los morisquitos la doctrina y de leer y escribir, y á vueltas de esto las costumbres de que tienen necesidad ser instruídos. Hácese esto en una iglesia muy capaz que está junto á casa. Están con ellos tres horas de mañana y otras tres de tarde. Á la entrada que entran en la iglesia les hacen decir: Entraré en tu santa casa, adoraré tu santo templo, santiguándose. Van luego á la agua bendita, y tómanla, diciendo: Esta agua bendita me sea salud espiritual y vida, en el nombre del Padre, etc. Luego se hincan de

rodillas y dicen las oraciones, y puestas las muchachas á un cabo y los muchachos á otro, dicen la doctrina, y dicha la doctrina, se van las muchachas á sus casas, y los muchachos que tienen oficio á su oficio, y los demás que vienen á aprender están las tres horas dichas leyendo y escribiendo, y oyen cada día la misa que se dice por ellos. Son ya como doscientos, siendo estío y estando muchos de ellos en las heredades que tienen. Van cada día creciendo. Lo que se ve al presente es que á los Nuestros tienen gran respeto los padres de los niños y los niños gran reverencia. Por las calles van diciendo: Loado sea Jesucristo. Saben mucho de la doctrina, aprenden mucho en el leer y escribir, están más quietos que solían, aunque de suyo son muy bulliciosos. Pagaban á los sacristanes cada sábado un maravedí: mandó el Sr. Arzobispo, que en la parroquia donde los Nuestros les enseñan no paguen nada.

»Fué Su Señoría un día á verlos, cuando los enseñaban, á ver cómo lo hacían, y iban ellos y hincábanse de rodillas y besábanle la mano, y decíanle: Bendito sea Jesucristo, de lo que se holgó mucho Su Señoría, y dió seis ducados para cañones y papel, y así les dan de balde el papel y los cañones y cartillas, de que sus padres se edifican mucho, y danles cada diez cuentas para rezar el rosario de nuestra Señora, y lo traen en su cinta y piden cruces para sus rosarios. Los días de fiesta dos Padres predicaban, uno en una iglesia y otro en otra. Á la tarde toman á los niños que enseñan, y llévanlos por las calles diciendo la doctrina cristiana, y van en ella moriscos y muchos cristianos viejos, y al fin de cada oración dicen: Alabado sea Jesucristo y la Virgen Santa María su Madre. Y ordenó el Señor que, lo que desagradó á muchos de los cristianos viejos, edificó y edifica á los moriscos. Iban á una plaza, y allí un Padre les predicaba y llevaba, á los que querían ir, diciendo la doctrina con nosotros á la iglesia de donde habían salido, y allí les hacía otra plática, y de allí se van alabando al Señor á donde quieren. Los padres y madres de los moriscos alaban mucho al Señor de la merced que les ha hecho en darles á los Padres que les enseñen, y convéncense en ver, que sin interese ninguno les enseñan con tanto cuidado, y de ver que, no sólo no les reciben nada, mas aun les dan á sus mismos hijos, como se ha dicho» (1).

Diez años duró esta casa del Albaicín, no sin algún resultado, aunque menor que las esperanzas del Arzobispo, esperanzas que le mo-

(1) *Epist. Hisp.*, 1, f. 276.

vieron á concebir el proyecto de seminario de que hablamos en el libro II, cap. v. El año 1569, cuando ocurrió el levantamiento general de los moriscos, tomáronse precauciones enérgicas para impedir peligros que podían ser muy temibles. Una de ellas fué retirar del Albaicín á todos los moriscos y diseminarlos por varias regiones de España. Con esto cesó el piadoso establecimiento del Albaicín.

Aquí podría tal vez entrar lo que hicieron los Nuestros en servicio de la Inquisición. Véase lo que hacía el P. Gobierno, en Barcelona por los años de 1559: «Los señores inquisidores criaron y confirmaron por comisario de los libros prohibidos de Barcelona, conforme á la censura del Inquisidor general y del Consejo del Santo Oficio, al P. Mtro. Gobierno, y él, con licencia del P. Provincial, lo aceptó. Hace su oficio con tanta dexteridad, que, en viendo el libro, dice quién, de dónde y qué trata, tan universal en todo, que se muestra bien habitar Dios en él. Á todo da recaudo. Están los señores inquisidores muy satisfechos y descansados con él. Los que vienen cargados de libros son tantos, que le dan bien que hacer, tanto, que le hubo de ayudar nuestro Padre [¿rector?] en ello. Tiene tal gracia y modo en hacerlo, que ninguno muestra desabrimiento aunque le rasgue los libros curiosos y preciados que trae. He corregido muchísimas biblias y hallado mucha eizania y ponzoña sembrada en otros libros y lugares más de los que vienen en el catálogo.... Por siete ú ocho veces hemos quemado aquí en casa montones de ellos.... Con esto se abrió la puerta para comunicársenos todas las religiones, cobrando más crédito de la nuestra» (1).

10. Otros ministerios de nuestros Padres pudieran detenernos algo, como sería la asistencia en los ejércitos al tiempo de la guerra. El P. Laínez, con el Virrey de Sicilia D. Juan de Vega; el P. Nadal, con D. Sancho de Leiva, y varios otros Padres, pudieran dar lugar á más de una amena narración por el singular celo y caridad que en estas ocasiones desplegaron.

Como no es posible abarcarlo todo, nos contentaremos con presentar una muestra, indicando la parte que tomaron los jesuítas en una de las más célebres batallas modernas, en la jornada de Lepanto. Cuando en el verano de 1571 se disponía la armada que había de pelear contra el turco, el santo Pontífice Pío V determinó que, además de los religiosos franciscanos y dominicos que ya iban en el

(1) *Ibid.*, I, f. 357. El P. Lozano al P. Láinez. Barcelona, 11 de Diciembre de 1559.

ejército cristiano, se embarcasen algunos capuchinos y jesuítas, para oír las confesiones de los soldados, asistir á los enfermos y santificar con sus trabajos apostólicos la jornada. En particular encargó á nuestro P. Vicario, Jerónimo Nadal, que gobernaba entonces la Compañía por la ausencia de San Francisco de Borja, nombrar seis personas de lengua española, para acompañar á los soldados de D. Juan de Austria. El mismo Sumo Pontífice designó para esta empresa al P. Cristóbal Rodríguez, que desde años atrás le era muy conocido. El P. Nadal, por su parte, señaló al P. Juan de Montoya, Provincial de Sicilia, y al P. Juan Pareja. Con estos Padres fueron mandados de Roma los HH. Francisco Briones y Alonso Bravo, y de Sicilia otro Hermano coadjutor, cuyo nombre no se dice (1). Con los venecianos iban en la nave de Barbarigo el P. Mario Beringucci y el H. Nicolás Sorbulo.

Ya antes de llegar al trance de la batalla hubieron de ejercitar mucho su caridad nuestros Padres y Hermanos. Á principios de Setiembre reunióse en Mesina casi toda la armada de los cristianos. Más de doscientas galeras estaban ancladas en el puerto. Cerca de ochenta mil hombres, entre soldados y marineros, iban embarcados en ellas. En esta inmensa multitud había bastantes enfermos, sobre todo entre los españoles y alemanes al servicio de España. Don Juan de Austria resolvió prudentemente dejarlos en Mesina, para desembarazar la flota de un peso inútil. El P. Jerónimo Doménech, Visitador entonces de la provincia de Sicilia, acudió caritativamente al socorro de estos pobres enfermos, y ya por sí, ya por otros Padres y Hermanos de Mesina, buscó alojamiento, ropas y subsidios para el servicio y curación de los dolientes.

Pero esta fatiga fué la menor. Movidos por las fervorosas exhortaciones del Sumo Pontífice, todos los religiosos que iban en la armada, franciscanos, capuchinos, dominicos, jesuítas, procuraron santificar á los soldados, purificándolos por medio de la penitencia y disponiéndolos así para merecer las misericordias del Señor. Un jubileo que concedió generosamente Su Santidad para los que iban á tan insigne empresa, avivó el sentimiento religioso de las

(1) *Epist. P. Nadal*, t. III, p. 654. Pueden verse allí mismo, p. 652, las patentes que dió el P. Nadal al P. Rodríguez. Hemos leído en los PP. Nieremberg y Alcázar, que á esta batalla asistió el P. Juan Fernández. No aparece tal noticia en los documentos contemporáneos. Si hubiera ido un maestro de teología del colegio romano tan conocido como el P. Juan Fernández, no hubiera dejado de mencionarle el P. Nadal entre los seis sujetos españo'es que enviaba.

tropas. Don Juan de Austria dió el ejemplo á todos, confesándose con el confesor ordinario que llevaba de España, Fr. Miguel Serviá, franciscano (1), y exhortando á su gente á confesarse. Concurrieron nuestros Padres con todas sus fuerzas á tan santa obra, y para oír con más comodidad y disponer mejor á los pobres galeotes que iban al remo, consiguieron de D. Juan que les permitiese conducirlos en grupos á la iglesia de nuestro colegio. Iban, pues, estas bandas de galeotes escoltadas por soldados á nuestro templo. Allí diez Hermanos estudiantes dividían en diez secciones á los recién llegados, y tomando cada uno la suya, les enseñaban el modo de confesarse bien; les ayudaban á hacer el examen de conciencia, y les excitaban al dolor de los pecados. Diez Padres oían después las confesiones. Tomaban de nuevo los Hermanos estudiantes á los ya confesados, y con breves exhortaciones y santos afectos los preparaban para la sagrada Comuni6n.

De este modo se purificaron innumerables conciencias, aunque no fué posible atender á toda la gente, por ser breves los días que se detuvo la armada y pocos los confesores para tan inmensa multitud de soldados y galeotes. El 16 de Setiembre se hicieron todos á la vela. Según nos informa el P. Doménech en la carta que al día siguiente escribió á Roma, D. Juan de Austria quiso llevar en su galera Real al P. Crist6bal Rodríguez, quien pasó á ella con el H. Francisco Briones. Don Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, tomó en su galera al P. Juan de Montoya, quien, dejando interinamente el gobierno de la provincia al P. Doménech, siguió con un Hermano coadjutor esta empresa. El P. Pareja, con el H. Bravo, subió en la nave de otro caballero principal, á quien no nombra el P. Doménech, diciéndonos tan sólo, que á puras instancias y ruegos consiguió llevarse un Padre de la Compañía. El P. Beringucci, con el H. Sorbulo, continuó como antes en la galera de Barbarigo.

Las cartas anuas de la provincia de Sicilia, escritas en Diciembre de 1571, que tenemos á la vista, aunque hablan principalmente del P. Montoya, como de su Provincial, nos dan una idea de lo que hicieron los Padres cada uno en su galera (2). El P. Crist6bal Rodríguez logró que ningún hombre de la galera Real quedase sin

(1) A este religioso debemos un diario breve, pero puntual, de esta empresa, que ha sido publicado en la colección *Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XI, p. 362.

(2) Véanse estas anuas en el Apéndice. Añadimos algunos datos de Sacchini (*Hist. S. J.*, P. III, l. VII, n. 39).

confesar. Á ciertas horas del día procuraban los misioneros reunir á los navegantes, para rezar con ellos algunas oraciones; leían á ratos algunos libros piadosos á los que querían oír, y cuidaban de evitar los juegos de dados y otros abusos propios de la soldadesca. Cuando se detenían las naves en algún puerto ó junto á la costa, decían misa los Padres, y á la del P. Montoya acudía invariablemente D. Álvaro de Bazán con los principales caballeros de la galera. Cuando iban navegando por alta mar, se contentaban con decir misa seca para consuelo y devoci6n de los circunstantes.

La célebre batalla se dió, como todos saben, el 7 de Octubre de 1571. Al acercarse el momento crítico, nuestros Padres exhortaban á los soldados á poner la confianza en Dios y á pelear con denuedo. No fueron inútiles sus exhortaciones. En la nave del Marqués de Santa Cruz, según dicen las anuas, á pesar de ser tan grave el peligro y tan horrenda la batalla, no se vió un hombre turbado ni mudado de color, antes todos se mostraban revestidos de una santa alegría, como si el Espíritu Santo animase interiormente á cada uno.

Al romperse el fuego, nuestros Padres, con los capellanes de las galeras, empezaron á rezar las letanías. Antes de terminarlas avisaron que había heridos. Entonces, dicen las anuas, la oraci6n se mudó en acci6n. Los misioneros, con los cirujanos de las galeras, acudían al remedio espiritual y corporal de los que caían en tan brava refriega. El P. Beringucci hubo de asistir al heroico Barbarigo, herido de muerte en lo más recio de la batalla, y mientras prestaba esta obra de caridad, le alcanzó á él una saeta que le hirió malamente en una rodilla. No fueron los cristianos los únicos en participar de la caridad de nuestros Padres. Hacia el fin de la batalla empezaron á venir heridos turcos que se recogían en las galeras rendidas, y también á estos infelices curaban y asistían los misioneros. Fruto de esta caridad fué el convertirse á nuestra santa fe varios infieles, y el reconciliarse con la Iglesia algunos renegados que peleaban en las filas de los turcos.

Según cuentan las anuas de Sicilia, conformes en esto con otros documentos, á la hora y media de combate empezó á decidirse la victoria, y en seis horas se terminó toda la batalla. Peleóse desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde. Al ponerse el sol, de los doscientos ochenta bajeles que componían la armada turquesca, se habían perdido más de doscientos, entre echados á pique y apresados por los cristianos. Más de treinta mil infieles habían perecido

en la batalla. Inmenso fué el gozo de la cristiandad por este triunfo incomparable. Nuestros Padres exhortaban á los vencedores á dar gracias á Dios, y el buenísimo D. Álvaro de Bazán decía muchas veces que esta victoria se debía á las oraciones del Sumo Pontífice y á la de los Padres jesuítas y capuchinos que iban en la armada.

No terminó con la batalla la fatiga de nuestros misioneros. Continuaron asistiendo á los que habían quedado heridos en la jornada, y de los trabajos padecidos en esta obra de caridad murió á la vuelta el H. Nicolás Sorbulo. Cuando la escuadra vencedora volvió á Mesina, repitieron los jesuítas las hazañas que les vimos practicar á la partida. El P. Doménech, recobrando los bríos juveniles con que veinticinco años antes había entrado en Sicilia, puso en movimiento á toda Mesina para socorrer á los soldados enfermos. Consiguió que el Arzobispo en persona le acompañase á las casas de los más ricos ciudadanos, para pedirles limosna en favor de los heridos; envió por toda la ciudad á nuestros Padres y Hermanos en busca de camas, ropas, medicinas y otras provisiones. Con estos socorros en las manos y la caridad en el corazón, acudían nuestros religiosos á los hospitales y á las galeras, suavizaban en cuanto podían la suerte de los heridos y enfermos, y á todos exhortaban á bendecir á Dios por tan señalada victoria.

Así procedían los jesuítas en medio de los soldados. Entre el tumulto de las armas eran nuestros Padres los mismos que en tiempo de paz en los pueblos donde vivían. Su oficio era santificar á los prójimos, y así como en los hospitales asistían á los enfermos, y en las cárceles predicaban á los presos, y en los colegios educaban á los niños, así en las guerras procuraban hacer bien á los soldados, exhortándoles primero á detestar sus culpas y después á menear valerosamente las armas en cumplimiento de su deber. Hacemos, pues, alto en este capítulo, dejando para trabajos particulares el desarrollo completo de cada una de estas materias.

## CAPÍTULO VIII

### COLEGIOS: SU LEGISLACIÓN

SUMARIO: 1. El P. Laínez, inventor de los colegios.—2. Idea primera de San Ignacio al establecer colegios.—3. Debían ser para educar á nuestros jóvenes religiosos.—4. Lo que deben estudiar nuestros jóvenes y con qué orden han de proceder.—5. San Ignacio admite la dirección de universidades y colegios para educar á los seglares.—6. Dos escritos del P. Polanco sobre el modo de fundar colegios.—7. Trabajo del P. Nadal intitulado *De studiis Societatis*.—8. El P. Diego de Ledesma. Su ensayo de *Ratio studiorum*.—9. Redacta el primero en la Compañía una serie de proposiciones cuya enseñanza debe ser obligatoria.—10. Fórmula para aceptar colegios, trazada por el P. Laínez.—11. Ordenación de San Francisco de Borja acerca de los estudios.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Constitutiones S. J. latinae et hispanicae*.—2. *Monumenta Ignatiana*.—3. *Monumenta paedagogica S. J.*—4. *Regestum Borgiae*.—5. *Epistolae Hispaniae*.—6. *Institutum S. J.*

1. Cuenta el P. Luis González de Cámara que el día 17 de Febrero de 1555 dirigió á San Ignacio esta pregunta: «¿Quién inventó los colegios?» Á esto respondió el santo patriarca: «Laínez fué el primero que tocó este punto: nosotros hallábamos dificultad por causa de la pobreza, y así, quién tocaba unos remedios y quién otros» (1). Pocas veces habrá brotado de cabeza de hombre un pensamiento tan fecundo como el que inspiró Laínez á San Ignacio. Sabido es el bien inmenso que ha hecho en el mundo la Compañía por medio de la enseñanza. Sus méritos en esta parte son tan conocidos, que, para muchas personas, la gloria principal de los jesuítas es el ser buenos educadores de la juventud. No es esto decir que la Compañía introdujese entre los religiosos la costumbre de enseñar. Las antiguas abadías de los benedictinos, y más adelante los conventos de las Órdenes mendicantes, fueron centros de enseñanza que difundieron la

(1) *Monumenta Ignatiana*, serie IV, t. I, p. 220. No dice el P. Cámara cuándo sugirió Laínez esta idea. Suponemos que sería ya en 1539, en las famosas deliberaciones de que hablamos arriba (tomo I, p. 93).